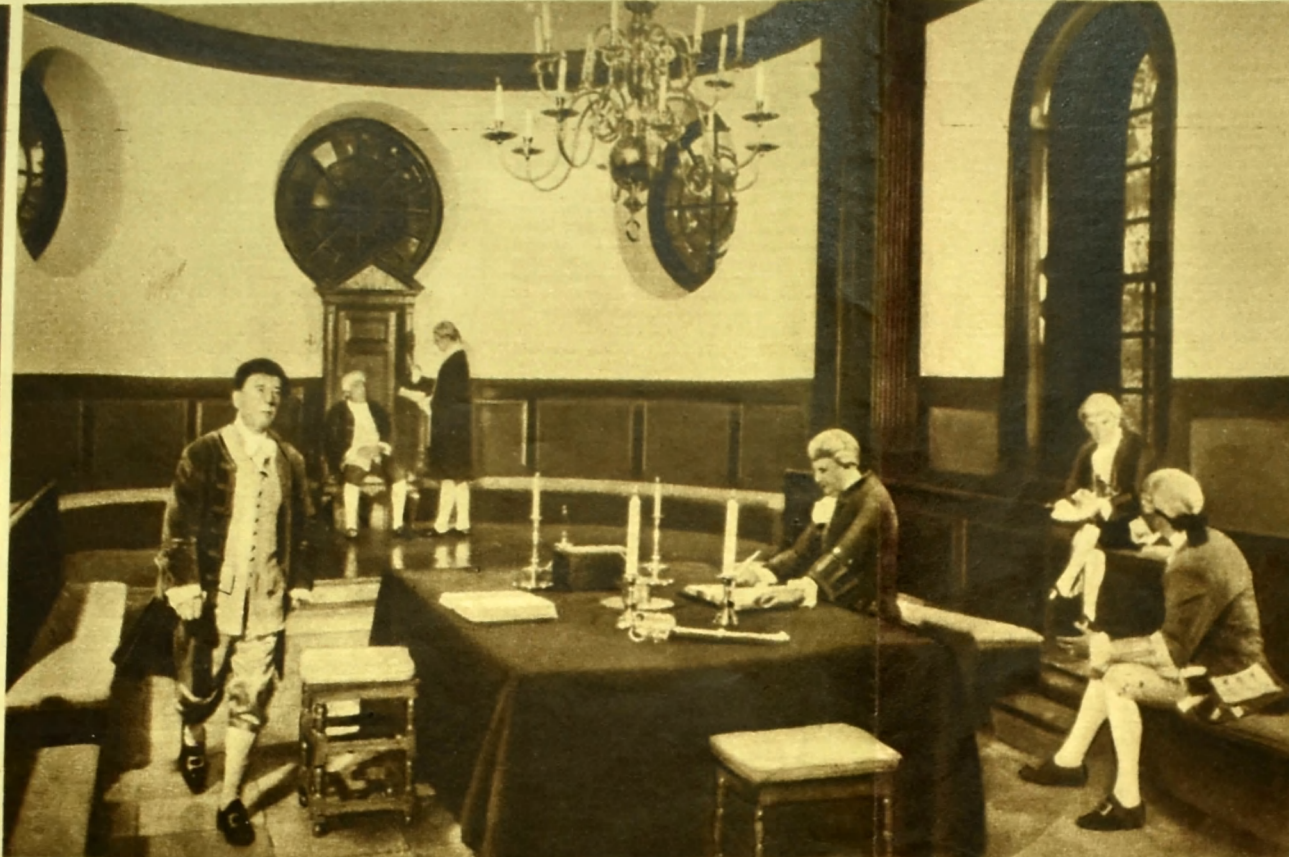




Una taberna con sus parroquianos actuales.

A no ser que conozcáis a fondo vuestro propio pasado y lo conocáis perfectamente, no podréis nunca hacer algo que se conserve en el futuro.

VAN LOON.



La histórica casa de los Burgueses.



El palacio que atrae a miles de visitantes.

QUE LA RECONSTRUCCION DE WILLIAMSBURGO NOS SIRVA DE EJEMPLO

CON ese impulso que arrastra a la juventud, a los hombres y a los pueblos, a justificar sus extremos iconoclastas y a mirar el panorama dorado del porvenir como la meta única, segura, al alcance de sus entusiasmos, los pueblos americanos se han lanzado a vivir el futuro en tiempo presente. La nación argentina ha hecho de esta fuerza un factor económico, incorporando a su sociología un capítulo que sus institutos de derecho enseñan a través de autores como Juan Agustín García. Este concepto es tan eficaz que las empresas bancarias no incluyen a los fallidos —como ocurre entre nosotros— entre los elementos peligrosos, descalificados, sino entre los errores subsanables y se apresuran a abrirles nuevos créditos en cuanto las condiciones personales se los permiten. Están seguros de lo por venir; todos sienten que allí está el éxito. Por este sentimiento incontrolado de cosas, la pequeña entró también fácilmente en la arquitectura; se llevó a la destrucción de las ruinas de muros, y la

historia quedó como algo de lo cual se podría prescindir a pesar de los gritos de gloria que de ella escapaban, llamado de una realidad de supervivencias que exhalaban espíritus inmortales desde el recuerdo de los buenos.

Pero esta menor edad social va pasando. Hoy, el sentimiento del pasado como fuerza polarizadora del alma de las muchedumbres, como reactor poderoso para ayudar al destino de una nación, como potencia creadora de energías, con las consecuencias vivificantes de todo hecho sociológico, ha entrado también en América.

Los países de este continente cuya cultura milenaria ha dejado impreso su sello grandilocuente en monumentos arquitectónicos y en el arte plástico, les ha bastado ordenar sus ruinas para hallar un inmenso tesoro.

Perú, Bolivia, México, Centro América, Argentina del norte, así lo van haciendo. Sólo la Argentina del sur, Brasil, Paraguay y Uruguay no pueden rechazar etapas de civilización por las cuales no han pasado. En cambio, tienen otro tesoro invaluable en

la historia de sus propios esfuerzos por lograr su organización democrática. Son pueblos que han vivido siglos en la tensión de la tragedia diaria por conquistar su libertad y organización, y esta historia, que abarca desde el gesto militar heroico hasta el simple hecho de haber alcanzado a vivir (la humilde, desconocida heroicidad de nuestros antepasados de resistencia al sufrimiento diario), es un monumento moral, el cual como las construcciones marginales de los primitivos es preciso salvarla del derrumbe del olvido y de la indiferencia, llevándola hasta hacerla el eficaz contralor de esta juventud iconoclasta que se ignora a sí misma en sus mejores valores.

Uruguay, Brasil y Argentina del sur, han empezado su revisión histórica. Han alcanzado a leer sus pergaminos y renovar sus jiróns. Ciudades enteras han pasado a considerarse páginas objetivas de la historia, museos vivos a manera de libros que todos pueden leer y que jamás se olvidarán una vez vistos. Este concepto ha producido en Norte América un fenómeno poco conocido el cual debe ser presentado a nuestros lec-

tores: la resurrección de la ciudad Williamsburgo.

Las primitivas colonias británicas tuvieron como centro en Virginia la ciudad de Jamesburgo, cuyo dominio fue sustituido, luego de diversos desastres, guerras, incendios, por la pequeña ciudad de Williamsburgo, levantada junto a ella y que tenía particular encanto y seguridad.

A principios de nuestro siglo, Williamsburgo constituía una lujosa ciudad. Fue totalmente demolida, tratándose de brillar los viejos cimientos de las construcciones primitivas. Una vez fijados, se levantaron sobre ellos los viejos edificios, cuya forma primitiva pudo establecerse por grabados en escala descubiertos alfortunadamente. Esta enorme empresa fue precedida de un largo proceso secreto —extremo secreto, pues involucraba ingentes capitales y comovía miles de voluntades dispuestas a la inercia— por tratarse de una empresa como la de crear un ambiente colonial histórico, hecho sin precedentes felices hasta ese momento.

Se inició por la sociedad Phi, Beta y

Kappa, cuyos orígenes data de los estudiantes del siglo XVIII (1776) y sus sucesores actuales consiguieron interesar a John D. Rockefeller (Jr.). El capital que Rockefeller (Jr.) destinó a la reconstrucción fueron 14 millones de dólares y abarcaron cerca de 100 hectáreas de construcciones. Con las precauciones que esta empresa exigía, se fue desarrollando el plan concebido. Las conversaciones con el multimillonario filántropo se realizaban en los lugares menos previsibles y la puesta en marcha tenía algo de novelesco. Se tomaron vistas aéreas del lugar, y los agrimensores, para replantar y medir calles y edificios, lo hacían después de media noche hasta las primeras horas de la mañana. Así no despertó la menor sospecha el proyecto y sólo un negro, se dice, pudo haber desconfiado de algo anormal. Al volver a su casa este moreno, que regresaba bastante "iluminado", sintió que pisaba algo movido y susurrante (la cinta metálica del agrimenso) y creyéndola algún ofidio de dimensiones colosales huyó en medio de un terror irrefrenable. Rockefeller hizo expur-

gar todos los archivos británicos y puso a contribución todos los elementos históricos que poseían las bibliotecas y museos locales e internacionales. En la librería Bodleian de Oxford, Inglaterra, se halló un grabado en cobre que por estar en escala permitió establecer las medidas exactas de los principales edificios públicos en 1740. Se logró reconstruir por ello el palacio del gobernador, el capicón de Williamsburgo, el colegio, la casa del presidente, la casa habitación de Christopher Wren y Brafferton, escuela india. Agregado a este grabado se halló el dibujo de elementos de fauna y flora y el detalle de la vida de los indígenas. La casa de George White, maestro de los grandes americanos, John Marshall, Thomas Jefferson, James Monroe y otros muchos, fue minuciosamente rediseñada. Conjuntamente con esta edificación que significaba la vida política y la gran vida social, se reconstruyeron todos los oficios. Es admirable como aparecen los ambientes primitivos. Las escenas que se reproducen muestran cómo se actuó en ese museo vivo. Ningún visitante escapa al encanto

que emana de las viejas cosas. Cada uno que llega busca y extrae el dato que en vino había intentado hallar en lecturas y búsquedas sin orientación. El hombre amante de la historia ve reconstruídos los ambientes de iniciación de la nacionalidad. Comprende mejor el cuándo y el cómo de muchos sucesos que se estudian en las páginas blancas y negras de los libros de historia. Allí, bajo la fuerza de las realidades cambiantes, llenas de color y movimiento, la imaginación cobra vuelo y se estanca en los sucesos que contempla. El obrero, a su vez, recibe por primera vez una lección de historia que jamás se le borrará de su memoria. "Ve" su oficio a través de los siglos y este hecho le sirve para "colocar" en la historia el humilde trabajo, ya sea de un torno o de un zapato, y comprender su significado trascendente en la vida de las sociedades.

Curioso es que de los esfuerzos por presentar con toda realidad primitiva estos oficios, hayan traído como consecuencia el descubrimiento de materiales y técnicas cuyo conocimiento se había perdido por cum-

plato. Ensayos hechos en Inglaterra, Alemania y otros países para hallar el secreto de los ladrillos amarillos, no habían dado resultado. Repetidos ensayos con tierras de Williamsburgo lograron un éxito del cual ya se desahogaba. Las ventanas coloniales que ostentaban en su época vidrios característicos, volvieron a luz esos reflejos de las estancias, colores tan limpios y puros que se añoraban con nostalgia.

Para que todo falte a la evocación ambiental, todos los encargados de atender a los visitantes visten trajes de la época. Las tabernas despachan su cerveza en los grandes vasos antiguos; el peñuero vende las pelotas a precios módicos; el constructor de juguetes exhibe hermosas imitaciones de la época; ni el panadero, ni el boticario dejan de despachar a su clientela, sirviéndoles con productos de primera calidad, pero de aquellos que en su época se estimaban.

Las calles se animan con la presencia de damas de miríngas, o carruajes dorados transportando algún grupo distinguido. En los salones se ejecuta la música de cámara de Mozart y Monteverdi y en todas partes aparece ahora viva la presencia de una época muerta y que parecía definitivamente olvidada. Todas estas figuras, ya modestas, ya de personajes o de artistas, son desempeñadas gratuitamente por estudiantes. Este trabajo, que dio por ingreso el año pasado cerca de 400 mil dólares, es donado por los estudiantes en la parte que a ellos les corresponde (aproximadamente la mitad) a la misma sociedad que corre con los gastos de mantenimiento de Williamsburgo.

La reseña de este acontecimiento extraordinario no tiene otro objeto que llamar la atención sobre él a fin de que podamos formar juicio sobre el clima que en el mundo civilizado reina al respecto de este hecho: si las restauraciones históricas cumplen alguna finalidad superior y espiritual en la vida de los pueblos. Los arquitectos, a quienes compete la obra primera y fundamental, ya se han manifestado. Es esta misma ciudad de Williamsburgo realizó su gran asamblea el Instituto Americano de Arquitectos, con la presencia de 600 miembros, y en la misma forma acudieron profesores de historia colonial y expertos en el tema, quienes se ocuparon de un estudio crítico de este trabajo de reconstrucción. Ha nacido de allí un convencimiento del valor evocativo de la obra y sus resultados sobre la opinión general ha provocado una corriente comunitaria de público.

A pesar del éxito económico que él significa, su valor no se mide en dinero sino en la revelación de la presencia del alma del pueblo americano, cuyos dólares tan detractados han venido a manos llenas a cumplir la más fina, útil y generosa obra patriótica: ¡que otros pueblos que desean ser llamados grandes y generosos, alcancen a su vez a distinguir para qué sirven los dólares y los pesos cuando se espiritualizan!

Estas reflexiones son obligadas y oportunas para los maldonadenses, cuyas ruinas históricas van desapareciendo entre la indiferencia nacional y cumpliendo dentro de poco su bicentenario sin otra compañía que la de algunas vagas voces exteriorizadas con unción. Es preciso acentuar este magnífico ejemplo de Rockefeller (Jr.) y que la reconstrucción de Williamsburgo nos sirva de ejemplo.

R. Francisco MAZZONI.
Maldonado, noviembre 1º de 1954.
Especial para EL DIA.



Las modas y la juguetaria.



Los carros y el carretero.



Los oficios: panadero y tejedor.



Los oficios: farmacéutico.